

SUSCRIPCIONES

	Pias.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid
SE PUBLICA LOS JUEVES

El desnudo

Es un tema delicado, escabroso, verdad, lectores? Pero es sugestivo, atrayente, y, sobre todo, *modernista*, muy *modernista*.

Para la prensa de hoy, empecatada y poco escrupulosa, es asunto preferente, su tema predilecto; para el Arte, el divino Arte, el *quid divinum*; y para esta sociedad de *Bajo Imperio* en que vivimos, el *dilirium tremens*, tras el que corre alocada y ébria como el pueblo rey á presenciar las sangrientas escenas del circo.

Entonces, más que las luchas de los gladiadores con las fieras, las matronas romanas, envueltas en sus túnicas y ávidas de emociones, iban á presenciar las oposturas gallardas, las formas varoniles, soberbiamente hermosas, grandemente provocativas, excitantes, de los luchadores; hoy, como sátiros tras de orgiástica fiesta, tras de impura bacanal, corremos también á otro circo, más que á admirar las formas correctas, estatuarias, clásicamente griegas del desnudo, á presenciar y aplaudir la lúbrica mirada, el gesto provocativo y canallesco, la impúdica desenvoltura.

Entonces se enrojecía con sangre la arena; hoy, en vez de sonrojarnos de vergüenza, nos tapamos los ojos con los dedos, con timideces de doncella y pudibundez de beata; entonces, en el circo, quedaba un hombre; ahora es un *spoliarium*, en el que dejamos enterrada la virtud y dignidad humanas.

Como se imponen tantas otras cosas, el desnudo se impone hoy. Es el dueño y soberano del mundo. Fascina la vista como el oro, enloquece como el vino, seduce como el placer, atrae como el abismo y subyuga y se impone como un tirano, al que todos rendimos culto y adoración, homenaje respetuoso.

Pero distingamos de... desnudos y desnudeces.

Las hay de muchas clases y categorías; su estudio llenaría muchos folios; su clasificación es sencilla; pues aparte la desnudez política, la religiosa, la científica y literaria, y otras, todas ellas pueden y deben reducirse á dos: la desnudez física y la moral. ¡Un grano de anís!

Todas las cosas, aún las más nimias y pequeñas, tienen *algo* que no puede traducirse; *algo* que no puede reflejarse con exactitud y precisión; *algo* que se escapa al ojo más perspicaz y escrutador; *algo* que resiste á todos los medios de expresión, sin conseguir de ellas sino un reflejo pálido, imperfecto, borroso.

Cierto que nada hay tan conmovedor y hermoso, tan soberanamente bello, tan artístico, como la realidad misma en la Naturaleza. Es la verdad. Por eso el Arte, embelleciéndose, copia la desnudez física. Pero y la desnudez moral; ¿quién es el pintor ó el artista que la enfoca, la sujeta, la aquilata y exterioriza hecha carne y hueso? ¿Quién?

Es innegable que la vista constante de un objeto cansa; es cierto que la repetición también constante de una cosa agota nuestra sensibilidad y llega á atrofiarse para su apreciación exacta, para su juicio verdadero. Y esto mismo sucede con la desnudez moral.

A fuerza de oír á los moralistas lanzar imprecaciones contra la desnudez como á los políticos tronar y maldecir el caciquismo, nos hemos, acostumbrado; no nos impresiona ya; porque, en realidad, ¿que más nos dá ir vestidos que desnudos si de uno y otro modo somos los mismos?

El mundo material es inmenso; su grandiosidad abrumba, produce vértigos; pero el mundo moral es infinito y como éste indescifrable y misterioso.

Lo grande y lo pequeño de aquel se examina y se analiza; se sujeta á reglas y se explican sus leyes. Pero el mundo moral ¿quién lo explica? ¿Quién es el atrevido que explica la misteriosa conciencia humana? ¡Tanto valdría el empeño de conocer lo inconocible ó de sugetar á peso y á medida lo que es inmaterial! Sería empeño loco, empresa temeraria.

Por eso un corpúsculo, un átomo del mundo físico, donde reinan la paz, el amor y la justicia, es mucho más grande, realiza mejor y más armónicamente su vida, que el mundo moral, en el que el despertar de la conciencia tiene su duro lecho de espinas y el amanecer de las ideas está velado, como el azul purísimo del cielo en días de tormenta, por oscuros y sombríos nubarrones.

La desnudez física se ve; se conoce; la moral solo se adivina; la primera es el efecto de la segunda, como ésta es causa de la primera; como el relámpago precede al trueno, en el orden del tiempo, así precede en el orden moral, la desnudez del alma á la desnudez del cuerpo; sin la desnudez del alma, el cuerpo, la carne, sería puro; pero corrompida aquella, queda llagado el cuerpo, y lo mismo uno que otra, al exhibirse, producen miasmas infecciosos, mortales, en el cuerpo social.

Abondar más es imposible. Ya lo dijo el poeta:

«Si de su alma la pintura quieres,
Para que salga bien, vuelca el tintero.»

Y esto es la desnudez moral. Un borron que oscurece y mancha la pureza de nuestra alma, como mancha y oscurece, haciéndolas elegibles, las líneas trazadas sobre la nítida blancura del papel.

Consecuencia y efecto de la desnudez moral es la desnudez política. Como hemos perdido la una, necesariamente teníamos que perder la otra. Como el pudor y la honestidad son hoy una carga pesada y enojosa, el amor puro y desinteresado á las ideas, la fé y lealtad juradas al ideal, son también una impedimenta inútil que arrojamos en medio del arroyo, sin pararnos siquiera las manos por la cara. Culto al ideal; sacrificio por el mismo; palabras y palabras. Es cursi y trasnochada sensiblería de hombres de corazón enfermizo y cerebro pobre y enclenque, que hay que desterrar para siempre. ¡Qué hoy la más noble aspiración, el ideal más perfecto, en tirtos y troyanos, es el presupuesto!

No es poesía, pero es realidad, mucha realidad.

Y tan devotos y entusiastas adoradores de la desnudez nos hemos vuelto los españoles, que para regenerarnos, hemos convenido—no hay otro camino—si no matar el ideal, enterrar para siempre á D. Quijote, echar dos llaves al sepulcro del Cid, y que Sancho relinche satisfecho.

Seamos humanos y piadosos; doblemos la hoja. Que hoy es de gran tono criticar, morder furiosamente la carne agena, para luego ofrecer en pública subasta la honestidad propia. Que hoy toda mercancía de tienda agena está averiada, y es miel sobre hojuelas la nuestra. Que si estuviera en manos de algunos amantes apasionados de la desnudez, seguro es que nos dejarían, y á nuestra infeliz España, como Eva antes de morder la manzana en el paraíso. En cueros y sin su inocencia.

SANTIAGO S. CARRASCO.

LOS RECUERDOS

Una onda de recuerdos viene hasta nuestra frente de errantes que cruzamos la senda de la vida, y esos recuerdos vienen á alegrar el presente unos, y otros á abrirnos alguna vieja herida.

Jorge Manrique dijo su cariño al pasado cuando cantó con pena *que siempre fue mejor*; todo lo que reímos y lo que hemos gozado nos lo evoca el recuerdo causándonos dolor.

Vemos toda la vida que ya no viviremos más llena de alegría cuanto más alejada y, son tantos los goces que sin cesar queremos, que al pasado volvemos la envidiosa mirada.

Mirada que en sí lleva la tristeza incurable de la aguja del tiempo que invariable camina de la vida que avanza fatigosa y mudable hasta que al fin la anule la infalible ruina.

Los recuerdos nos vuelven nuestra infancia lejana muerta ya para siempre: nuestra madre y la cuna donde dormimos toda nuestra dicha temprana oyendo dulces cuentos á la luz de la luna.

Nos vuelven la fe pura de nuestras oraciones infantiles; los besos del amor más sublime; aquellos besos que eran lluvia de bendiciones y por cuyo recuerdo el corazón hoy gime.

Nos vuelven el encanto de la infancia dichosa, cuando la vida corre por la senda más bella, más atenta á los juegos de alguna mariposa que al brillo misterioso con que luce una estrella.

Nos vuelven la pureza de nuestros sentimientos, la irradiación del alma en amor y ternura y aquellos espontáneos primeros pensamientos de hombre, que eran cual brotes de luz y de hermosura.

Los recuerdos son toda nuestra vida: pasamos la existencia en un sueño entre la edad lejana y el mañana de oro... y todo lo soñamos viviendo del recuerdo y esperando al mañana.

¡Benditos los recuerdos que nos traen la alegría y nos hacen felices un momento siquiera trayéndonos al yermo de la melancolía las flores de una antigua y amada primavera!

Desde el fondo del alma, donde todo reposa, los recuerdos despiertan y pueblan el presente y en la mano apoyamos la cabeza canosa mientras la vida muerta pasa por nuestra frente.

J. ORTIZ DE PINEDO.